

vuelta al globo. Sin embargo, los parapetos aún no eran obstáculos suficientes contra el viento del desierto y contra la invasión creciente de las arenas; se clavaban empalizadas, se levantaban muros de cieno seco, se hacían plantaciones numerosas y vivaces para impedir la fluctuación de las arenas. En aquella multitud de obreros reinaba el orden más absoluto; allí, en todo el transcurso de los trabajos, había hospitales, ambulancias, almacenes, incesantes caravanas que recorrían el desierto trayendo víveres. Los europeos, al principio, abrumados por la inmensidad y novedad del trabajo, desertaron. Entonces vinieron griegos, dálmatas, armenios, árabes. Todas las razas, todas las lenguas, todas las religiones, se reunían allí. Del interior del desierto corrían las tribus de beduínos a pedir trabajo. Había campamentos enormes.

El Sr. De Lesseps andaba siempre por el camino de sus trabajos, en su bello dromedario blanco, envuelto en el albornoz árabe, aclamado por los obreros. ¡Aquellas pobres razas de la planicie y del desierto estaban fascinadas por dos cosas nuevas para ellas: la ganancia por el trabajo y el agua abundante!

Nada quedaba ahora de aquel gran movimiento, sino a grandes trechos algún barracón levantado a orillas del canal, de donde los operarios venían a saludar con gran alborozo el paso de los buques.

Al otro día, por la mañana, entrábamos, al rumor de las salvas, en el lago Timsah. En el fondo veíamos la ciudad de Ismailia. Allí era el centro de las fiestas. Ismailia es la capital del canal. Es un puerto admirable, inaccesible a las tempestades y aun a la más sencilla agitación del agua; no puerto de tránsito, como Port-Said o Suez, sino una perfecta estación de descan-

so para la navegación de Oriente. Comunica con Egipto por el camino de hierro y por el canal de agua dulce. Tiene plazas, calles de futura capital. No es ciudad ruda y trabajadora, como Port-Said, llena de oficinas y de obreros. Es ciudad llena de *chalets*, de esbozos de palacios, de paseos con arboledas, de muelles ampliamente construidos. Tiene ya los refinamientos civilizados de una capital; hasta tiene unos leves aires de corrupción; las almeas desterradas del Cairo, refugiadas en Esneh, en el alto Egipto, se han venido aproximando a Ismailia. Todo ello se asienta, es verdad, sobre la arena, y hacia el lado del desierto vive una población árabe en toda su pintoresca miseria. Pero su situación es excelente; confinada entre un desierto y un lago, tiene para abastecerse el bajo valle del Nilo, a seis horas de distancia, y para comunicarse con el mundo, la navegación del canal. Por su posición es un puerto obligado y el mejor de Oriente. Todos los bajás (1) de Egipto han tenido, como los antiguos tiranos, el deseo de ligar su memoria a la edificación de una ciudad: Mehemet-Alí, Said-Bajá, Abbas-Bajá, todos. La ciudad que este último y tan original Bajá fundó, Abbasiada, aun hoy está acabando de desmoronarse en El Cairo, en el camino de la antigua Heliópolis, en una vasta planicie.

Ismail-Bajá tal vez será más afortunado, e Ismailia podrá venir a ser la capital europea del viejo Egipto, como Alejandría es su capital comercial y El Cairo su capital histórica...

(1) Eça de Queiroz emplea siempre *Pachá*—por *bajá*—, pero en nuestros idiomas ibéricos esto es un galicismo terrible; por eso yo sustituyo el *Bajá*, tan genuinamente hispánico.—
Nota del Traductor.

III

Ismailia estaba invadida por una extraordinaria multitud. En los anchos arenales, más allá de los muelles, se habían levantado campamentos para los viajeros que no venían de Alejandría en los buques. Habíanse improvisado hoteles semejantes a grandes dormitorios. Había barcos anclados sirviendo para alojamiento. El aspecto de la ciudad en aquel día era poderosamente vivo y original.

Los regimientos egipcios habían acampado junto al lago. En el centro, en un ancho espacio que hay al pie del canal de agua dulce, estaban las tiendas para los *xequés*, que son los jefes de las aldeas árabes, o jefes de las tribus del desierto. Las tiendas, abiertas por delante, dejaban ver los grandes tapices colgantes, las alfombras de La Meca o de Damasco, donde se entrecruzaban las figuras soberbias de los *xequés*, fumando gravemente el *narghilé*. Habíanse levantado barracas enormes, donde en todo momento se servían a los convidados y a todos los que entraban, refrescos, vinos, ensaladas y comidas. Había todo género de juegos, de danzas, de músicas. Las tribus beduínas habían acampado cerca. Yo vi una caravana beduína en descanso, a lo largo de los bazares; habían clavado en el suelo dos lanzas, y en derredor, los caballos y los hombres—figuras duramente esculpidas en bronce, altivamente envueltas en sus albornoces—, hacían un grupo extrañamente pintoresco. Las anchas calles estaban pobladas de una multitud ruidosa, colorida, original. Habían venido almeas de la provincia de Fayoum, que debajo de sus tiendas celebraban sus misteriosas y extrañas danzas. El Emperador de Austria y la Emperatriz habían

paseado por Ismailia, montados en dromedarios; después de eso, las calles estaban llenas de viajeros que querían sostenerse en equilibrio sobre las excéntricas sillas de los camellos y de los dromedarios. Había por todas partes tocadores, cantadores, hechiceros, fascinadores de serpientes.

Los beduinos formaban danzas y luchas y carreras de caballos. Algunos, de pie sobre los dromedarios, lanzados a galope, hacían toda suerte de destrezas y equilibrios, jugando la lanza. Todo esto era acompañado por las salvas constantes de los buques y por los *hurrahs* de las marinerías. A la noche, todo resplandecía. Por todas las plazas había encendidas grandes hogueras. Se veía, al fondo del lago, a través de los buques iluminados, brillar fantásticamente la ciudad, hecha de puntos de luz. Los campamentos estaban flameantes. En todas las tiendas de los *xequés* había cantos de mujeres árabes, acompañados de *darbouka*. Los fuegos de artificio estallaban en el aire. En medio de grandes grupos, entre un círculo de antorchas enormes, danzaban las almeas. En otros círculos iluminados, la multitud abría los ojos delante de los improvisadores árabes. La luz corría por entre toda aquella multitud, atacada de alegría. Había sobre la ciudad y el lago aquel fuerte rumor de fiestas, que está compuesto de los cantos, de las músicas, de las voces, de los aplausos, todo armónicamente confundido, y que por su originalidad arranca al hombre fuera de la vida vulgar, con irritantes atracciones. Todo esto lo veíamos al atravesar la ciudad, en los enormes carruajes que nos llevaban al gran baile de Ismailia, en el palacio nuevo de Ismail-Bajá. El palacio, rodeado de jardines, tenía en ellos una iluminación de gusto oriental. Había luces esparcidas por todas las ramas de los árboles, entre las hojas de las

flores, en la tierra de los tiestos. Sobre la hierba estaban dibujados arabescos de luz, de un aspecto original. El canal de agua dulce, que corre al pie, estaba lleno de barcos iluminados, que cruzaban en una perpetua serenata. Al comienzo de la noche, entre las mesas, los árabes extendían a veces la mano, metían los dedos en los platos y se alejaban comiendo desdeñosamente. En las salas, el baile sólo era una oscilación sofocada de cuerpos. El oro bordado de los uniformes arañaba los hombres desnudos, y los enormes zapatos de los *xeques* del desierto rasgaban los largos vestidos de las *lorettes*. No había orden, ni espacio, ni ambiente, ni alegría. Era pesado y brutal; fatigaba. La mayor parte de la gente dispersóse por la ciudad a ver las iluminaciones y las fiestas populares. Cuando yo salía para ir a un café italiano, en compañía de algunos oficiales ingleses, a ver a las almeas de Beni-Irouef bailar *la danza de la abeja*, encontré al Sr. De Lesseps en el vestíbulo, buscando ansiosamente su abrigo.

Lesseps es una figura delgada y nerviosa, bigote corto y blanco y dos ojos que brillan en negro, llenos de inteligencia y sinceridad. Tiene una fisonomía y, sobre todo, una sonrisa, que revelan tendencia a las concepciones abstractas, pero firmeza en las dificultades de la vida. Es diplomático, orador, ingeniero, financiero y soldado. Tiene algo de todo esto; y esa armonía de facultades es el secreto de su inquebrantable fuerza y de su constante triunfo en esta obra de Suez. Yendo a visitar el desierto líbico, en compañía de Saïd-Bajá, entonces Virrey, fué cuando resolvió, con apoyo del Saïd, iniciar las obras; desde entonces, ¡cuántas luchas, ya con Inglaterra, que intriga contra él y que le difama; ya con Turquía, que le quita sus trabajadores; ya con los capitales, que se retraen delante de sus planos; ya

con el desierto, que contradice la ciencia de sus teorías; ya con el cólera, que le destruye sus operarios, cuántas luchas hasta que pudiese buscar tranquilamente su paletó en una fiesta que celebraba al fin de tantos y tan ásperos trabajos!...

A mitad de la noche, cuando yo volvía a bordo, las luces morían tristemente en toda Ismailia y las sombras cubría el lago. Al otro día, la gran procesión de buques salía del lago Timsah en dirección a Suez. Comenzaba ya entonces a verse, al lado del canal marítimo, el canal de agua dulce, que va casi paralelamente con él hasta Suez. El paisaje comienza a ser de una monótona uniformidad; la roja amplitud del desierto a ambos lados del canal. El canal de agua dulce es una de las mejores obras de Lesseps, y uno de los episodios más notables de la perforación del istmo. Los obreros del canal habían de trabajar en el desierto. La primera necesidad era el agua; un ejército de obreros no podía subsistir durante muchos años sólo con agua traída por las caravanas. Al principio, cuando las obras estaban aún junto al lago Mensaleh, sacábase el agua de algunos pozos aislados; se hacía venir de la próxima ciudad de Damietta; o se destilaba el agua del mar. Pero a medida que los trabajos avanzaban hacia el centro del istmo, las dificultades resurgían. No había pozos ni agua del mar. Damietta estaba lejos. El tonel de agua comenzaba a costar veinticinco francos. Además, como venía en caravanas, cualquier demora, cualquier trastorno producía sed entre los obreros y comenzaban las confusiones de trabajo. Aumentaban las inquietudes por causa del agua. Entonces, el Sr. De Lesseps resolvió ir al Nilo, a treinta y cinco leguas, a buscar agua dulce y traerla al desierto por un canal que siguiese una línea casi paralela al canal marítimo, bordease los La-

gos Amargos, pasase al pie de las montañas de Djebel y fuese a detenerse en Suez. El canal sería así para uso de los obreros, para la irrigación de aquellos terrenos áridos y para la navegación de pequeños barcos. Veíamos, en efecto, el canal de agua dulce, lleno de velas, cuyas puntas aguzadas y blancas salían por encima de las márgenes.

Uno de los episodios épicos del canal de agua dulce fué el paso de las dragas. Fué necesario llevar aquellas monstruosas máquinas al pie de los Lagos Amargos para atascar las arenas del Serapeum. Fueron transportadas por el canal de agua dulce. Centenares de hombres iban llevándolas arrastradas por cuerdas desde las márgenes. Pero aquellas enormes máquinas a cada momento encallaban, viraban o, cuando el viento era violentamente contrario, hacían fuerza hacia atrás. Para sacarlas del lodo, para impelerlas, para equilibrarlas, eran necesarios esfuerzos sobrehumanos, en los cuales sucumbieron muchos valerosos obreros.

Fué al anochecer cuando llegamos a los Lagos Amargos. Toda la escuadra de la comitiva ancló allí durante la noche. Había una luna espléndida, que llenaba el lago de luz, y diseñaba vagamente hasta el horizonte las ondulaciones del Desierto.

IV

Los Lagos Amargos son los restos del antiguo golfo Heroopolita, aguas del Mar Rojo que venían hasta aquí. En este lugar fué donde pasaron los hebreos, guiados por Moisés; fué aquí donde quedaron sepultadas las legiones de los Faraones, quince mil hombres y mil doscientos carros. Hacia el lado de Egipto, la luna

blanqueaba una vasta planicie; era Gessen, la tierra de los patriarcas. Los Faraones habían dado a los hebreos aquel sitio, paraje entonces lleno de cultivos y de mieses, hoy cubierto de arenas. Desde allí fué de donde partieron en demanda de Canaán. Desde allí se dirigieron hacia el Sur, hacia los desiertos de Arabia y del Sinaí, para evitar el encuentro de los ejércitos egipcios. Moisés conocía bien aquellos lugares. Su mocedad se había deslizado en el istmo. Además, aquel lugar era tradicionalmente el paso de los que venían de Siria, por Caldea y por Idumea. Abrahán, José y Jacob habían pasado por allí en sus viajes a Egipto. Fué también por allí, pero un poco más al Norte, a poca distancia del lago Timsah, por donde muchos siglos después el descendiente de tantos patriarcas y de tantos profetas, Jesús, pasó, llevado por su madre, que huía hacia el valle del Nilo. Los árabes muestran aún este sitio. Mientras mirábamos aquellos parajes bíblicos, los fuegos de artificio estallaban en el aire.

Al otro día por la mañana íbamos aproximándonos a Suez. Salimos despacio, porque la marea del Mar Rojo venía contra nosotros. Fué esta cuestión de las mareas y de desigualdad de niveles entre el Mar Rojo y el Mediterráneo el origen de una de las grandes oposiciones que se hicieron al canal.

Decíase que, según los sondeos hechos bajo la dirección de Lepère en 1799, el Mar Rojo era nueve metros más alto que el Mediterráneo; decíase también que la obra era impracticable a causa de las arenas movedizas y de los vientos del desierto; decíase, por fin, que la navegación del Mar Rojo no podía, por su dificultad y por su peligro, constituir una verdadera ruta marítima. Una Comisión internacional fué al istmo a esclarecer estas dudas. Era una legión de sabios, de arqueó-

logos, de ingenieros, de geólogos. Said-Bajá les hizo recepciones regias. Atravesaron el istmo, en sus estudios, de Suez a Pelusa. Sondearon todas las ensenadas, todos los lagos; estudiaron todos los terrenos. Acamparon grandiosamente; y seguía una caravana de ciento setenta camellos. Los árabes venían de todos los puntos del horizonte para ver pasar aquel extraño cortejo.

La Comisión dispuso todas las objeciones. El nivel de ambos mares fué declarado igual por nuevos y más perfectos sondeos; reconocióse que las arenas no eran un obstáculo; si las arenas, arrastradas por el viento del desierto, habían de sepultar el futuro canal, ¿por qué no habían sepultado ya los Lagos Amargos, por qué no habían enterrado las antiguas ruinas, por qué no habían borrado al menos los vestigios de las caravanas de la última peregrinación a la Meca? Por último, el Mar Rojo fué declarado bueno como vía marítima, contra los impugnadores del canal. ¿Qué tiene de malo el Mar Rojo? Algunas rocas... ¿No las tiene el Adriático? ¿No las tiene el Canal de la Mancha? ¿No las tiene el Archipiélago? El Mar Rojo tiene vientos regulares; el Mar Rojo tiene corrientes conocidas; el Mar Rojo tiene la admirable claridad de sus noches. ¿Impide esto la navegación? Si el Mar Rojo fué de una navegación fácil para las flotas de Salomón, si venecianos y portugueses pudieron allí derrotar al turco, ¿qué será hoy con los medios científicos de navegación a vapor? Todas las objeciones caen por sí solas.

En las márgenes del canal comenzábamos a ver muchos campamentos de obreros; venían hasta la orilla del agua a batir palmas a los buques que pasaban, saludando con pañuelos y velos entre grandes *hurrahs*. Desde los buques respondían. Lucía un sol fuerte; el desierto

brillaba hasta el horizonte. Veíamos a nuestra izquierda el camino de las caravanas que van a la Meca, a Medina, a Bagdad y a Damasco, en la dilatada Siria. Arabia y Asia quedaban más allá de aquel desierto. Del lado de Egipto, del fondo del arenal cubierto de salinas, estaba la obscura y triste ciudad de Suez. Más allá extiéndese el monte de Djebel-Attaca, llamado de la *Liberación*, porque, cuando las caravanas que vienen del Desierto lo divisan, es que están fuera de peligro. Al fondo, borrada en la pulverización de luz del horizonte, entreveíase la cordillera del Sinaí. A medio día entrábamos en Suez, entre salvas.

Suez es una ciudad obscura, miserable y decrepita; es el comienzo de nuevas regiones; es ya casi el Asia y la India. Tiene un aspecto mortuorio; y el cólera y la peste aparecen, en efecto, allí, con frecuencia. En algunos barrios ruinosos, casi deshabitados, conserva, sin embargo, en sus construcciones desmoronadas, un notable carácter de antigua y pura arquitectura árabe. Por lo demás, la civilización europea comienza a estar representada en Suez por cafés cantantes y por *gourgandines* (1) de Marsella.

Suez ha tenido hasta hace poco una vida incompleta por falta de agua. En Suez el agua era conservada en cajas de hierro, traídas del Cairo. El agua de la fuente de Moisés, que está a tres leguas, sólo pueden beberla los camellos. En tiempo de lluvia había, a más de la del Cairo, algún agua potable a seis leguas de distancia. En tiempo de sequía, la sed era una enfermedad; había mercados de agua donde los precios eran fabulosos, horribles. Los ricos bebían un agua medio

(1) He querido conservar el vocablo francés por ser más decoroso que el español. *Gourgandine* es equivalente de *buscona*, mujer de mala vida.—N. del T.

salobre. Los pobres bebían el agua de los camellos o se morían de sed. En Suez no había (y aun no hay hoy) un árbol, una flor, una hierba. Existía gente que, habiendo vivido siempre allí, no tenía idea de la vegetación. Contábase de árabes de Suez que, habiendo venido al Cairo por primera vez, huían de los árboles como de monstruos desconocidos. Esto hizo a la raza dura, áspera, hostil. El canal de agua dulce mudó la faz de las cosas. El agua es gratuita y abundante. En el día en que el agua llegó a Suez, fué un vértigo. Los pobres árabes no podían creerlo; se chapuzaban en ella; bebían hasta hacerles daño; extendidos sobre las márgenes del canal, daban gritos locos. Algunos estaban aterrados y se asombraban de la pérdida de tanta riqueza. La población gritaba llena de amor en torno de Lesseps, postrándose y besándole las manos. Y desde entonces la ciudad tiende a revivir.

Cuando llegamos a Suez se separó aquella caravana de invitados, que hacía seis días saliera de Alejandría. Unos quedaron en Suez, otros fueron para el Cairo. Nosotros fuimos hacia las costas de Arabia, hacia el lado del desierto de Siná a ver el oasis de Moisés. En el *Exodo* se lee: "Y los hijos de Israel vinieron después a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras..." Eran estos doce manantiales, y estas setenta palmeras, las que nosotros íbamos a ver, pasando el Mar Rojo en una barca árabe. Habíamos hecho nuestra peregrinación a través del canal; la escuadra de Europa echaba sus anclas en el Mar Rojo; la obra de Lesseps estaba completa.

Hacía diez años que un grupo de trabajadores estaba, un lunes de Pascua, reunido en la playa, en el lugar que después fué Port-Said; no había nada en ese lugar, sino la bandera egipcia plantada sobre la arena...

Un hombre salió del grupo, se descubrió y dijo: "En nombre de la Compañía de Suez, doy el primer golpe de piqueta en este terreno, que abrirá a las razas de Oriente la civilización de Occidente..." Y cavó la arena con la piqueta. El hombre que pronunció aquellas palabras era el Sr. De Lesseps; y, como se ve, su piqueta ha abierto ampliamente un camino...

1869.